

beneficios de una inviolabilidad que sofocaría la luz.» Esta invocación del secreto del sumario para evitar toda explicación era realmente hábil. No podía pedirse con mejores palabras que el acusado fuese entregado sin discusión á la justicia. Sin embargo, la Asamblea nacional no se dejó engañar por aquella táctica. En vano algunos representantes trataron de impedir el debate: la mayoría protestó. En la sesión del día siguiente, Mathieu de la Drôme se alzó contra el voto de confianza



Napoléon Louis. 63

Luis Napoleón Bonaparte (según un dibujo de A. d'Orsay)

con el cual se trataba de sorprender á la Cámara. Dupont de Bussac hizo observar, no sin razón, que la inviolabilidad parlamentaria no sería más que una farsa si los suplicatorios de la autoridad judicial tuviesen que ser atendidos sin examen. Julio Favre volvió á la carga. Pero la Asamblea se mostró cada vez más celosa de su derecho de fiscalización. Teodoro Bac había emprendido ya la justificación de Luis Blanc. Esta justificación pareció pronto más completa. Le hacían cargos por haber dirigido la palabra á los invasores: quedó probado que no habló sino con la autorización del presidente. Se le acusaba de haber «felicitado al pueblo por haber reconquistado su derecho de petición:» Barbés escribió del castillo de Vincennes para declarar que las palabras acriminadas no habían sido pronunciadas sino por él. Se le reprochaban las ovaciones populares: pareció demostrado que no provocó ni deseó aquellas ovaciones. A decir verdad, subsistía una grave sospecha. Corría el rumor de que el 15 de mayo habían visto á

Luis Blanc en el Hotel de Ville, y este rumor había adquirido tanta más consistencia cuanto que se hacía remontar su origen al propio Marrast. Sucesivamente, Luis Blanc y Teodoro Bac habían intimado al alcalde de París que confirmara ó desmintiera este rumor, y Marrast había guardado silencio; pero al final de la sesión, á instancia del representante Raynal, subió á la tribuna: «Hubiera contestado antes, dijo, á la interpe-lación que se me ha dirigido, si me la hubiesen hecho en la forma empleada por el precedente orador; pero á mí no me gustan las intimaciones: no acostumbro contestar á ellas. El primer día creí que el ciudadano Luis Blanc había venido al Hotel de Ville; pero hoy, después de minuciosa indagatoria, tengo la convicción completa de que no puso allí los pies en todo el 15 de mayo.» Esta declaración dió fin al debate: la autorización fué desechada por 369 votos contra 337.

Luis Blanc se había salvado, pero para poco tiempo; pues la petición, hoy denegada, había de triunfar más adelante. En cuanto al grupo político que, según creencia general, había urdido aquella trama con la esperanza de arrastrar á Ledru-Rollín y á Lamartine en la caída de Luis Blanc, vió defraudadas sus esperanzas. Sin embargo, no había trabajado en vano. Aquel incidente, si no ocasionó la caída del poder, puso muy de manifiesto la anarquía que reinaba. La Comisión ejecutiva había sancionado la petición de procesamiento: el ministro de la Justicia, Sr. Crémieux, había intervenido personalmente para solicitar que el exhorto pasase á informe de una comisión: Julio Favre era subsecretario de Estado en el departamento de Negocios extranjeros. ¿Qué sucedió, sin embargo? En el momento del escrutinio, los miembros del gobierno y todos los ministros, salvo Bastide, votaron contra aquel procesamiento que habían autorizado. La sesión parlamentaria del día siguiente aumentó el escándalo de semejante desacuerdo. Los magistrados del tribunal, señores Portalis y Landrin, se quejaron de haber sido abandonados: afirmaron que el ministro de la Justicia les había asegurado que estaba conforme con ellos. Crémieux negó el hecho, añadiendo que ignoraba los elementos del proceso. Portalis y Landrin replicaron que los conocía. Y como si no bastasen estos mentís, Julio Favre intervino en la discusión, atacó de firme y, con aplauso del auditorio, proclamó *la necesidad de un poder fuerte y enérgico*, como si hubiese querido saludar de antemano á un nuevo gobierno. La Asamblea pasó á la orden del día. Pero manifestó á su manera sus sentimientos. Teniendo que renovar su mesa, nombró vicepresidente á Portalis y secretario á Landrin.

Después de aquel debate, Portalis, Landrin y Favre dimitieron sus cargos oficiales, y Crémieux devolvió su cartera. El país hubiera podido consolarse fácilmente de la retirada de aquellos personajes; pero lo que le inquietaba más era el espíritu de indecisión que se revelaba en el poder, espíritu tanto más funesto cuanto que el peligro social era cada vez más inminente.

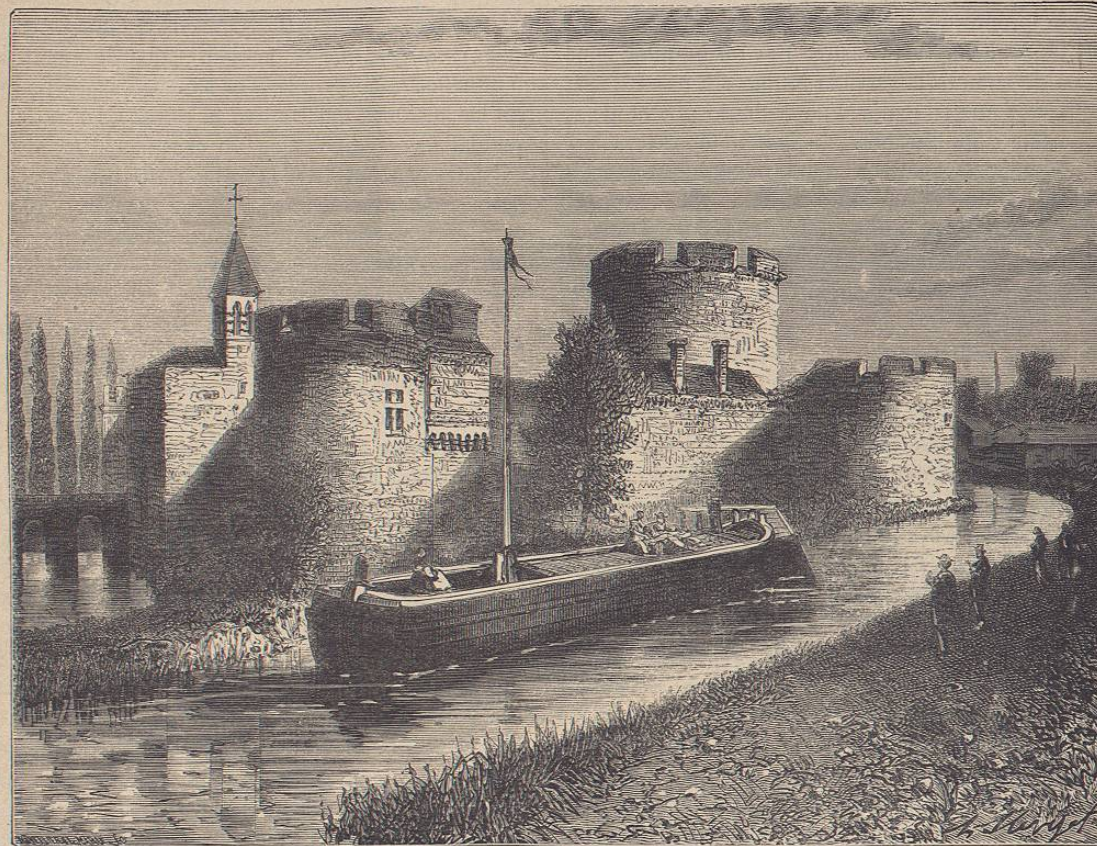
IV

Los pueblos necesitan directores. Cuando no se sienten guiados, buscan por todas partes quien los dirija. Si entonces les atrae algún nombre de prestigio, for-

man detrás de este nombre y siguen ciegamente. Cuando todo iba sin rumbo, un personaje casi desconocido en aquella época, y más desdeñado que desconocido, pero portador de uno de esos nombres que fascinan á las masas, surgió de pronto en medio de la confusión general. Me refiero á Luis Napoleón Bonaparte.

Tercer hijo (1) de Luis, rey de Holanda, y de la reina Hortensia, Luis Napoleón Bonaparte había nacido en París el 20 de abril de 1808. Tenía seis años cuan-

las cancillerías europeas casi ignoraban que existiese. En Francia, los antiguos servidores del Imperio, adheridos casi todos á la monarquía de Julio, no eran menos indiferentes que las cancillerías. A pesar de la suerte adversa, Luis Napoleón resolvió no abdicar las prerrogativas de su cuna. Los consejos de su madre le empujaron por este camino, y sus propias reflexiones le afianzaron en él. En sus paseos bajo las magníficas espesuras de Arenenberg ó á orillas del lago, le gustaba



Fortaleza de Ham

do la caída del régimen imperial le llevó al extranjero. La ciudad de Ausburgo y luego el castillo de Arenenberg, á orillas del lago de Constanza, dieron asilo al niño proscrito. Pasó su adolescencia al lado de su madre. Su participación en la insurrección de Romagnes fué el principal acontecimiento de su juventud. Nada anunciaba que tuviese que ser un día pretendiente al trono. La muerte de su hermano mayor, acaecida en 1831, la del duque de Reichstadt, sobrevenida el año siguiente, la exclusión que pesaba sobre Luciano y su raza, el retraimiento del rey José que, refugiado sucesivamente en América é Inglaterra, sólo deseaba terminar sus días en la tranquila monotonía del destierro, todo este concurso de circunstancias cambió su destino haciendo de él el representante hereditario de la dinastía imperial. A decir verdad, el joven príncipe se veía poco estimulado á utilizar este título. Los miembros de su familia, dispersos y sobre todo desengañados, habían cesado de esperar en un cambio de fortuna;

(1) De los dos hijos mayores, el primero murió en edad temprana y el segundo en 1831.

hablar de la grandeza de su estirpe; pensaba que las revoluciones se repiten y que la fortuna que, por uno de sus más sorprendentes caprichos, le hizo nacer en las Tullerías, podía, por un nuevo capricho, llevarle allí otra vez el día menos pensado. La soledad favorece las ilusiones y acaba por darles consistencia. Luis Napoleón, de natural meditativo y taciturno, concentró todos sus pensamientos hacia aquellas ilusiones de imperio y, á pesar de todas las apariencias contrarias, se aficionó á ellas con una extraña obstinación. Los que le vieron en aquella época, le encontraban una inteligencia que sobrepasaba poco de lo ordinario, pero les sorprendía aquella fe supersticiosa en el porvenir. En aquel rincón ignorado donde lo arrojó el destierro, el príncipe se preparaba silenciosamente para el papel que una especie de intuición le revelaba. Con la largueza de sus liberalidades y la benevolencia de su trato se hacía popular; habiéndole sido conferidos los títulos de *burgués de Sallenstein* y de *ciudadano del cantón de Thurgovia*, aceptó gustoso estas modestas distinciones como si en ellas hubiese visto el presagio de otros honores; estudiaba el arte militar en la escuela de aplicación de

vano el Sr. Valette hizo observar «que no comprendía cómo la proclamación de la República había podido abrogar una ley hecha contra una familia cuyo jefe reinó como emperador y tuvo el poder absoluto.» La Asamblea, resuelta á rebasar los límites ordinarios de la imprevisión, acogió con murmullos aquella observación tan sensata. La toma en consideración de la proposición Sarrut fué votada casi por unanimidad.

Esto ocurría el 2 de junio. La seguridad de los amigos de la República tocaba á su término. Para dos días después estaba reservado á su indiferencia un cruel despertamiento. Se había fijado el 4 de junio para las elecciones complementarias indispensables á consecuencia de opciones, anulaciones ó dimisiones varias. Entre los candidatos elegidos figuraban Causidière, que con una habilidad refinada, había presentado su dimisión de representante al mismo tiempo que su dimisión de prefecto de policía; el general Changarnier, que los recuerdos del 16 de abril recomendaban á los sufragios de la burguesía; Goudchaux, ex ministro de Hacienda; Thiers, cuya inteligencia clara y hábil para desenmascarar la utopía había de ser apreciada en aquel tiempo de universales declamaciones; Víctor Hugo, que no había roto todavía con el partido del orden; Pedro Leroux, especie de filósofo humanitario á quien el entusiasmo de algunos discípulos había erigido un pedestal; Lagrange, el combatiente de las barricadas; Proudhón, el hombre de las ruidosas paradojas y de implacable lógica; Boissel, el organizador ya olvidado del banquete de 22 de febrero. Pero todos estos nombres, notables por diversos conceptos, eran dominados por otro nombre, á la vez más ilustre y más imprevisto: el de Luis Napoleón Bonaparte. Luis Napoleón, el hombre de Boloña y de Estrasburgo, el personaje á quien desdeñaban proscibir, resultaba elegido por cuatro departamentos, y aquella cuádruple elección podía ser el origen de una candidatura más alta y más temible. El 8 de junio, todo el país sabía la gran sorpresa del escrutinio; y Proudhón, que sabía fustigar muy bien las faltas de sus amigos, dijo en su periódico: «El pueblo acaba de tener un capricho de príncipe: quiera Dios que sea el último.»

Hasta entonces indiferente ó desdeñosa, la Comisión ejecutiva se decidió al fin á averiguar la verdad, y supo lo que debió haber sabido desde mucho tiempo atrás, es decir, que el partido bonapartista, sin ser todavía muy fuerte, era más activo de lo que comúnmente se creía. Aunque el príncipe se había quedado en Londres, sus amigos trabajaban por él en París; amigos tanto más unidos cuanto más escasos en número eran; tanto más celosos cuanto menos tenían que perder; tanto más cómodos cuanto más oscuros eran y se les podía desautorizar en caso de mal éxito. Esta fracción naciente sacaba partido de su propia debilidad. Entre sus primeros auxiliares se distinguían por su ardor los señores de Persigny, Laity y Ferrère. Reclutaban antiguos militares, organizaban medios de publicidad, hacían propaganda entre comerciantes y obreros, y su acción, casi inadvertida, no contribuyó poco á la elección del 4 de junio. Este éxito sirvió de estímulo para una propaganda más seguida. A partir de entonces, continuos informes de policía señalaron los manejos bonapartistas. En los barrios extremos de París, el

nombre de Luis Bonaparte fué acogido con entusiasmo. Unos proponían nombrarlo coronel de la segunda legión de los suburbios; otros pronosticaban su futura subida al poder. En algunos talleres nacionales se manifestaron iguales simpatías (1). Lo benigno de la estación y la huelga universal hacían que cada tarde se formaran numerosos grupos en los bulevares; del seno de estos grupos salían con frecuencia los gritos de «¡viva Napoleón!» ¡Cosa extraña! Estos gritos alternaban con los de «¡viva Barbés!» pues los amigos del príncipe, á fin de captarse las simpatías de los obreros, le presentaban como el campeón de las ideas socialistas. Cada día parecía acentuarse el movimiento. El 10 de junio, corrió en la Asamblea el rumor de que un regimiento de infantería, al entrar en Troyes, había contestado al grito de «¡viva la República!» dado por la guardia nacional, con el grito de «¡viva Napoleón!» Heeckeren interpelló sobre el hecho al general Cavaignac, quien después de haber declarado que no se tenía noticia de nada en el Ministerio de la Guerra, añadió, con aplausos del auditorio, estas palabras solemnes: «Condeno á la execración pública todo el que se atreva á poner una mano sacrílega sobre las libertades del país.» El 11 de junio, se anunció que en la calle de Hauteville se reclutaba gente para Luis Bonaparte; se afirmó que el 48.º regimiento de línea estaba ganado á su causa, y se habló de una proclama tumultuaria en su favor (2). El príncipe Jerónimo Napoleón fué aquella misma noche á la presidencia de la Asamblea, al Ministerio del Interior, á la prefectura de policía, y respondió de las intenciones leales de su pariente (3). Pero al día siguiente, 12 de junio, por la mañana, los telegramas de Boloña señalaron las idas y venidas de los señores Laity y Persigny que llegaban de Londres y se dirigían á París (4). Además, como había circulado la noticia de que la sesión de aquel día sería consagrada al examen de las actas de Luis Bonaparte, formáronse á eso de las once numerosos grupos en la plaza de la Concordia y en las inmediaciones del palacio Borbón; grupos de entre los cuales salían de vez en cuando gritos favorables al príncipe. Aquellas manifestaciones eran en sí más ruidosas que alarmantes. Lo que les daba cierta gravedad era que se escudaban con el nombre de Napoleón, nombre fatídico cual ninguno, que significaba para la burguesía el orden, para gran número de obreros el socialismo, para la generalidad del pueblo la soberanía nacional, para todos la gloria, nombre bastante deslumbrador para dar prestigio hasta al personaje, entonces inconsistente y desdeñado, que era su débil heredero.

Es de pensar que la Comisión ejecutiva, al enterarse de aquel movimiento de opinión, debió sentir el lenguaje más cándido que generoso de su imprudente guardasellos. Lo cierto es que resolvió mostrarse firme. La proposición Pietri sobre la abrogación de las leyes de 1816 y 1832 había sido tomada en consideración; pero estas leyes aún subsistían. El gobierno acordó

(1) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 198-205).

(2) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, págs. 198-305).

(3) *Monitor* de 1838, pág. 1347.

(4) Garnier-Pagés, *Revolución de 1848*, tomo X, pág. 190.

que serían aplicadas, y, en la mañana del día 12, expidió á los prefectos y á los procuradores generales la orden de prender á Luis Bonaparte si ponía los pies en territorio francés. Además redactó una declaración en este sentido, declaración que, si era necesario, había de ser leída en la Asamblea (1). Tomadas estas medidas, los miembros de la Comisión ejecutiva se dirigieron al Palacio Borbón.

En la orden del día correspondiente á aquella sesión del 12 de junio figuraba una cuestión, modesta en apariencia, pero grave en realidad. La Comisión ejecu-

cogida in fraganti, la ley debe ser aplicada por aclamación.» Lamartine leyó en seguida la declaración acordada por la mañana en consejo de ministros. Precedida de largos considerandos, la declaración terminaba de este modo: «La Comisión hará ejecutar, en cuanto concierne á Luis Bonaparte, la ley de 1832 hasta el día que la Asamblea haya decidido lo contrario.» Esta moción fué saludada con aplausos; todos los representantes se levantaron gritando «¡viva la República!» La tumultuosa aglomeración de gente en el exterior del palacio, los gritos sediciosos que se oían en la plaza de



El príncipe Luis Napoleón (según un dibujo inglés de 1840)

tiva solicitaba un crédito de 100.000 millones de francos al mes para gastos de secretaría y oficinas. Sabíase que se convertiría dicho crédito en cuestión de gabinete; de su aprobación ó de su denegación dependían, pues, el sostenimiento ó la caída del gobierno. Lamartine había sido designado por sus colegas para defender su causa. Pero sus elocuentes frases, en vez de arrancar aclamaciones, como de costumbre, parecían esta vez esperar aplausos que no llegaban, cuando, durante una suspensión de la sesión, se supo que los grupos bonapartistas aumentaban por momentos en las inmediaciones del palacio legislativo; añádiase que habían disparado tres tiros, el primero contra el general Clemente Thomás, el segundo contra un oficial del ejército y el tercero contra un oficial de la guardia nacional. Lamartine volvió á subir á la tribuna. «Ciudadanos representantes, dijo, una circunstancia fatal acaba de interrumpir el discurso que tenía el honor de dirigir á la Asamblea. Mientras yo hablaba..., se disparaban varios tiros, según dicen... y eran disparados á los gritos de «¡viva el Emperador!» Cuando la audacia de los facciosos es

la Concordia y sobre todo los tiros que, según se decía (2), acababan de ser disparados, produjeron un cambio completo en el seno de la Asamblea, que, á imitación del gobierno, empezó á creer en el peligro bonapartista tanto tiempo negado. Lamartine terminó entre aclamaciones el discurso empezado en medio de la frialdad casi general. Al recordar su vida, sus servicios y sus peligros; cuando, con una metáfora que se hizo célebre, confesó haber conspirado con Blanqui, pero como *el pararrayos conspira con el rayo*, una inmensa ovación le contestó. El crédito pedido fué votado por 569 votos contra 112. Escudado con la autoridad de este voto, el poder se afirmó en sus resoluciones: no solamente confirmó la orden de prisión contra Luis Bonaparte, sino que hizo extender autos de arresto contra Laity y Persigny, que fueron presos el día siguiente (3).

La Comisión ejecutiva se hacía ilusiones sobre su

(2) El rumor era falso. Al día siguiente, el general Clemente Thomás declaró en la tribuna que sólo se había disparado un tiro, y que éste seguramente había sido accidental.

(3) Informes de policía (*Enquête parlementaire*, tomo II, página 207).

(1) Garnier-Pagés, *Revolución de 1848*, tomo X, pág. 192.